

EDICIÓN
66

Julio / 2021

EL FARO

LLEVANDO LUZ A LAS NACIONES



ACERCÁNDONOS AL *Padre*

SERVICIOS DEVOCIONALES

MARTES - JUEVES - DOMINGOS
6:00 PM 6:00 PM 10:00 AM



Editorial

Aunque cada familia tiene una dinámica distinta, en la mayoría de los casos, la relación familiar ha sido siempre bastante disfuncional, entre padres e hijos, en el pasado, las convenciones culturales hacían al padre de familia bastante lejano al núcleo familiar, ya fuere por la necesidad de salir a trabajar o porque la casa, era cuestión de mujeres; el padre tenía muy poca relación con los suyos, una tarea aceptable era la de corregir y disciplinar, haciéndose temido y lejano a los hijos, quienes por respeto, lo reverenciaban pero no lo amaban, la madre aunque tenía una relación más directa con la prole, debido a las tareas domésticas, no lograba una relación de calidad. Debido a esto, después de las dos guerras mundiales, en la década de los sesenta y setenta, surgió un movimiento de protesta, los llamados hippies, quienes proponían paz y amor, aunque esto solo los condujo a excesos como el uso de drogas y libertinaje sexual. Las generaciones posteriores dieron lugar a un cambio de mentalidad, ya que el desarrollo económico, la relajación moral y la modernidad, dictada por occidente, produjo una mayor libertad e individualidad, por no llamarle egolatría.

Desde los inicios del siglo XXI, la familia prácticamente se convirtió en una institución obsoleta, dando lugar a lo que se conoce como la familia moderna, en la que se acepta, casi cualquier descripción de esta. Ahora más que nunca, nos resuenan las palabras del profeta Malaquías, cuando dijo: Acordaos de la ley de mi siervo Moisés, de los estatutos y las ordenanzas que yo le ordené en Horeb para todo Israel. He aquí, yo os envío al profeta Elías antes que venga el día del Señor, día grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que venga yo y hiera la tierra con maldición (Malaquías 4:4-6). El evangelio de Lucas nos dice que Jesús, les relató una parábola en relación con un hombre que tenía dos hijos. El menor pidió que se le diera la parte de la hacienda que le correspondía, poco después partió a un país lejano, donde malgastó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino una gran hambre y comenzó a pasar necesidad, esto lo llevó a ocuparse, apacentando cerdos. Tenía tanta

hambre, que deseaba llenar su estómago con las algarrobas que comían los cerdos. En un instante, volvió en sí y dijo: ¡Cuántos de los trabajadores de mi padre tienen pan de sobra, pero yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como uno de tus trabajadores. Y levantándose, fue a su padre. Y cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y sintió compasión por él y corrió, se echó sobre su cuello y lo besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus siervos: Pronto; traed la mejor ropa y vestidlo y poned un anillo en su mano y sandalias en los pies; y traed el becerro engordado, matadlo y comamos y regocijémonos; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado. Y comenzaron a regocijarse (Lucas Cap. 15).

Como podemos ver, el Señor Jesús, nos dice que podemos acercarnos al Padre confiadamente sabiendo que Él, no nos va a rechazar, pues el sacrificio de la cruz quitó el pecado que nos separaba, ahora nos podemos presentar ante Dios como hijos; dijo Tomás a Jesús: Señor, si no sabemos adónde vas ¿cómo vamos a conocer el camino? Jesús le dijo: Yo soy el camino y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí (Juan 14:5-6). La Carta a los Hebreos señala que: Teniendo, pues, un gran sumo sacerdote que trascendió los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, retengamos nuestra fe. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino uno que ha sido tentado en todo como nosotros, pero sin pecado. Por tanto, acerquémonos con confianza al trono de la gracia para que recibamos misericordia y hallemos gracia para la ayuda oportuna (Hebreos 4:14-16). En esta ocasión, hablaremos de algunas personas que se acercaron al Señor y recibieron la bendición de Dios, como la mujer del flujo de sangre, que recibió su sanidad; la mujer con el perfume de alabastro, cuyos pecados fueron perdonados; a Felipe le fue mostrado el Camino de regreso al Padre; a Cornelio el primer gentil que fue salvo y a la iglesia de Cristo que se está preparando, para su encuentro con el Señor.



Director General

Profeta y pastor
Pedro Legrand

Portada y Edición

Pedro Legrand

Anciano Jonatan Aguilar

**Redacción y corrección
de estilo**

Pedro Legrand

Jonatan Aguilar

Jorge Vasquez

Redactores del Ministerio

17 Avenida 5-62 Zona 1
Ciudad de Guatemala

Teléfono / whatsapp:
+502 54744779

idcluzdelasnaciones@gmail.com
www.idcluzdelasnaciones.com



Si esta revista te ha bendecido

Puedes enviar tu colaboración a:

al No. de cuenta:

02-0018258-6

A nombre de:

Iglesia Luz de las Naciones

Banco:

G&T Continental

FELIPE

Como creyentes, ha nacido en nuestro corazón la necesidad de acercarnos al Señor como un Padre, pues dice la Biblia: A lo suyo vino y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios, es decir, a los que creen en su nombre, que no nacieron de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios (Juan Cap. 1); pero para llegar a ser hijos, es necesario que trabajemos en nuestra relación con Él, que crezcamos en el pleno conocimiento de su Hijo unigénito, que demos la talla del varón perfecto (Efesios 4:10-16), es decir que si seguimos el ejemplo de Jesús, también nos convertiremos en hijos amados de Dios, pues de Él se dice: Y he aquí, se oyó una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido (Mateo 3:17).

Jesús, en su ministerio terrenal, estableció su ejemplo en todos sus discípulos, dentro de estos, había uno llamado Felipe, a quien había encontrado y llamado diciéndole: Sígueme. Aquel hombre fue detrás del Señor y encontraron a un hombre llamado Natanael y después de hablar con él, el Señor dijo: ¿Porque te dije que te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que éstas verás. Y le dijo: En verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre (Juan 1:50-51).

Hablando de ver cosas mayores, Jesús se fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias. Y le seguía una gran multitud, pues veían las señales que realizaba en los enfermos. Jesús subió al monte y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Entonces Jesús, alzando los ojos y viendo que una gran multitud venía hacia Él, dijo a Felipe: ¿Dónde compraremos pan para que coman éstos? Pero decía esto para probarlo, porque Él sabía lo que iba a hacer. Como podemos ver, el Señor tenía planificado, sorprender a Felipe y a todos los discípulos, dando de comer a los necesitados, esto nos da a conocer, la naturaleza del Padre, que se ocupa de dar a cada uno, conforme a sus necesidades, como dice la Palabra: ...Por tanto, no os hagáis semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes que vosotros le pidáis. ...Pero buscad primero su reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (Mateo Cap. 6). Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no les bastarán para que cada uno reciba un pedazo. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, dijo a Jesús: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados; pero ¿qué es esto para tantos? (Juan 6:1-9). En la respuesta de Felipe podemos notar, que su confianza no estaba

en el Señor, si no en las riquezas de este mundo, olvidando lo que dice la Escritura: Porque la raíz de todos los males es el amor al dinero, por el cual, codiciándolo algunos, se extraviaron de la fe y se torturaron con muchos dolores (1 Timoteo 6:10). Por otro lado, vemos la repuesta de Andrés, buscando la provisión en los hombres, pero dice la Biblia: Así dice el Señor: Maldito el hombre que en el hombre confía y hace de la carne su fortaleza y del Señor se aparta su corazón, pero agrega: Bendito es el hombre que confía en el Señor, cuya confianza es el Señor (Jeremías 17:5-8). De esta manera, podemos ver al Señor Jesucristo darle gracias a Dios por la multiplicación de los panes, mostrándoles a sus discípulos la dependencia que él tenía de su Padre, el Señor Jesús dice: Porque yo no he hablado por mi propia cuenta, sino que el Padre mismo que me ha enviado me ha dado mandamiento sobre lo que he de decir y lo que he de hablar (Juan 12:49). Un día Tomás le dijo a Jesús: Señor, si no sabemos adónde vas ¿cómo vamos a conocer el camino? Jesús le dijo: Yo soy el camino y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. Si me hubierais conocido, también hubierais conocido a mi Padre; desde ahora le conocéis y le habéis visto.

Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Como podemos ver, estos dos discípulos sin duda, eran la muestra de como se encontraba la mayoría de los que seguían a Jesús, pero es de resaltar su valentía al hacer estas preguntas, pues existía cierta duda en sus corazones, que necesitaba resolución, ya que no habían tenido plenamente la revelación del Cristo, por lo que era razonable hacer semejantes preguntas en aquel momento; esto es similar, a las preguntas que un pequeño niño, hace a su padre o a sus hermanos mayores, mientras está creciendo en el entendimiento de su entorno, me pregunto yo ¿Será que solo Tomás y Felipe, tenían estas dudas? Puedo asegurar sin miedo a equivocarme, que no eran los únicos, pues si aun nosotros en este tiempo, teniendo la Escritura, teniendo al Espíritu Santo, ministros que nos instruyen, etc., muchas veces no comprendemos, no hemos llegado a la revelación del Hijo de Dios. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo he estado con vosotros y todavía no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí es el que hace las obras. Creedme que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; y si no, creed por las obras mismas (Juan 14:5-11). Podemos ver en esta historia que

Tomás y Felipe tenían el deseo de aprender, pero no había suficiente fe en ellos, para llegar a ver al Padre en Jesús, porque como dice la Palabra: Y sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que El existe y que es remunerador de los que le buscan (Hebreos 11:6). Una de las formas de aprendizaje, más efectivo es, siempre que tengamos dudas, investigar a fondo todo asunto, preguntar, asegurarnos de la verdad; en el dialogo entre Tomás, Felipe y el Señor, podemos notar un crecimiento espiritual en aquellos dos que hicieron las preguntas, ahora ya conocían el Camino, ya conocían al Padre. En esta pregunta ¿Tanto tiempo he estado con vosotros y todavía no me conoces Felipe? Hemos conocido el caminar de Felipe y su aprendizaje con el Señor, a pesar de haber sido instruido que vería cosas mayores, su corazón no había dado la talla y constantemente tuvo que ser discipulado, para que cuando el Señor fuera llevado al cielo, su corazón permaneciera en la visión. En el libro de los Hechos de los apóstoles, se nos menciona, que dentro del listado de los apóstoles, se encontraba Felipe, según dice la Palabra: Todos éstos estaban unánimes, entregados de continuo a la oración junto con las mujeres y con María la madre de Jesús y con los hermanos de Él (Hechos 1:12-14).

Por último podemos notar que aquel hombre llamado Felipe, es una figura del pueblo de Israel, que conoció a un Dios, airado y temible, que castigaba la maldad de los padres sobre los hijos, pues dice el Texto: Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. No tendrás otros dioses delante de mí. No te harás ídolo, ni semejanza alguna de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No los adorarás ni los servirás; porque yo, el Señor tu Dios, soy Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y muestro misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos (Éxodo 20:2-6). De esta manera podemos decir, en las palabras del Señor Jesucristo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique a ti, por cuanto le diste autoridad sobre todo ser humano para que dé vida eterna a todos los que tú le has dado. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien has enviado... (Juan 17:1-5).

LA MUJER DEL FLUJO

Antes que nos acercáramos al Señor, solo habíamos escuchado de Él y de lo que podía hacer; pero cuando lo aceptamos como nuestro único y suficiente salvador, nos dimos cuenta que necesitábamos un cambio en nuestra vida, ya que vivíamos en una mala condición; sin embargo, la necesidad que teníamos de ser restaurados completamente, hizo que nos acercáramos a Dios y a través de esa búsqueda que tuvimos, el Señor empezó a trabajar en nosotros, sanando nuestras heridas, dándonos esperanza, identidad, amor etc.; como dijo el Señor: Si vuelves, yo te restauraré, en mi presencia estarás; si apartas lo precioso de lo vil, serás mi portavoz. Que se vuelvan ellos a ti, pero tú no te vuelvas a ellos (Jeremías 15:19). Esto nos habla de una restauración genuina que el Señor quiere darnos a través de su presencia; pero si nos acercamos a Él y renunciamos a nuestra antigua manera de vivir, el Señor podrá manifestarse en nosotros (Gálatas 2:20) y tampoco adaptarnos a este mundo, sino debemos ser transformados mediante la renovación de nuestra mente, para que podamos entender cuál es la voluntad de Dios: Lo que es bueno, aceptable y perfecto (Romanos 12:2).

La Palabra de Dios nos dice que Jesús regresó a Galilea y la gente lo estaba esperando, por lo que una gran multitud lo rodeó; entonces se le acercó un hombre llamado Jairo, que era uno de los oficiales de la sinagoga y al verlo se postró a sus pies y le rogaba con insistencia que llegara a su casa, porque su hija estaba al borde de la muerte y que pusiera sus manos sobre ella para que pudiera ser sana y vivir (Marcos 5:21-23). Podemos ver, como la gente esperaba a Jesús para que hiciera un milagro, porque habían escuchado que Él podía hacerlo, pero algo importante que debemos mencionar es que Jairo se acercó a Jesús pidiéndole con insistencia, que fuera a su casa para sanar a su hija; Jairo es figura de nosotros acercándonos a Dios y su hija es figura de nuestro corazón que necesita ser sanado, porque recordemos que la hija de Jairo había muerto, pero Él la resucitó; esto quiere decir, que nuestro corazón se encontraba muerto a causa del pecado (Romanos 3:23; 6:23), pero cuando el Señor vino a nuestra vida para sanarla, también vino a resucitar lo que se encontraba muerto en nosotros; es necesario que nos acerquemos al

Señor confiadamente, pues como dice la Palabra: ...Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él existe y que es remunerador de los que le buscan (Hebreos 11:6). Debemos tener fe al momento de acercarnos al Señor y la certeza en nuestro corazón, que Él obrará conforme a nuestra necesidad. Mientras Jesús caminaba con Jairo para ir a su casa, la muchedumbre lo seguía y lo apretujaba, dentro de la multitud, iba una mujer que había padecido de flujo de sangre por doce años, gastó todo su dinero en médicos para que la sanaran, pero nada funcionó, sino que empeoraba cada vez más, entonces ella oyó hablar de Jesús y acercándose a Él por detrás entre la multitud, tocó su manto, porque ella pensó: Si tan sólo tocó sus ropas, seré sana y cuando ella lo tocó, al instante la fuente de su sangre se secó y sintió en su cuerpo que estaba curada de su aflicción, enseguida Jesús dándose cuenta, que había salido de Él poder, volteó a ver a la multitud y preguntó ¿Quién ha tocado mi ropa? Mas sus discípulos le dijeron, ves que la multitud se amontona y preguntas ¿Quién me ha tocado? Pero Jesús seguía viendo a su alrededor, para ver quién le había tocado.

Entonces la mujer, temblando de miedo, dándose cuenta de lo que sucedió, se acercó y se postró delante de Él y le dijo toda la verdad, entonces Jesús dijo: Hija, tu fe te ha sanado; vete en paz y queda sana de tu aflicción (Marcos 5:24-34). Podemos darnos cuenta de que esta mujer estaba enferma, pues tenía doce años con flujo de sangre, por lo que era tomada como inmunda, ya que el libro de Levítico dice: Si una mujer tiene un flujo de sangre por muchos días, no en el período de su impureza menstrual o si tiene un flujo después de ese período, todos los días de su flujo impuro continuará como en los días de su impureza menstrual; es inmunda (Levítico 15:25). Lo que nos muestra la necesidad que existía en ella de ser sana, pues al momento de escuchar de Jesús, ella vio una puerta de salvación en Él, por lo que pensó en tocarlo, pues ella buscaba desesperadamente salvarse, ella se esforzó y siguió a Jesús para poder tocar tan solo el borde de su manto, es decir ella buscó acercarse al Señor. La necesidad que había en el alma de la mujer era muy grande, no le importó su condición física, ya que una persona en su estado se debilita, debido a la

pérdida de sangre, dice la Biblia: Porque la vida de la carne está en la sangre... (Levítico 17:11). Esto nos da a entender que la mujer, obtuvo la salvación de su alma y junto con ella su sanidad, pues el Señor dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí, la hallará (Mateo 16:24-25). También llama la atención la fe de esta mujer, estaba decidida a seguir a Cristo y recibir su milagro, había convicción en su corazón; a través de la fe, ella consiguió la salvación de su inmundicia (pecado), pues quería ser purificada, como dice la Palabra: Purifícame con hisopo y seré limpio; lávame y seré más blanco que la nieve (Salmos 51:7); ella buscaba su restauración en el Señor. Entonces la mujer, temerosa y temblando, dándose cuenta de lo que le había sucedido, vino y se postró delante de Él y le dijo toda la verdad. Y Jesús le dijo: Hija, tu fe te ha sanado; vete en paz y queda sana de tu aflicción (Marcos 5:33-34).

La mujer del flujo es figura de aquellas personas que sin el conocimiento de Cristo, despilfarran su vida en los deleites del mundo; ejemplo de esto es el hijo pródigo, quien tomó su herencia y la perdió malgastándolo todo (Lucas Cap. 15), en lugar de esto, debemos acercarnos a Dios, con arrepentimiento en nuestros corazones, pues dice la Escritura: arrepentíos y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que tiempos de refrigerio vengan de la presencia del Señor (Hechos 3:19); ya que, si no hay un verdadero arrepentimiento en nosotros, no vamos a poder recibir la salvación del Señor y mucho menos recibir la sanidad de nuestra alma, por lo tanto, debemos procurar acercarnos al Señor con un corazón sincero y en plena fe, teniendo nuestro corazón purificado de mala conciencia y nuestro cuerpo lavado con agua pura (Hebreos 10:22).

Así que cada uno de nosotros, debemos acercarnos con un corazón sincero, sabiendo que Él ya nos limpió a través de su sangre, pues debemos tener la convicción en nuestro corazón que Él nos salvó, como dice la Palabra: Que si confiesas con tu boca a Jesús por Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo; porque con el corazón se cree para justicia y con la boca se confiesa para salvación (Romanos 10:9-10). Así como la mujer del flujo de sangre, nosotros también tenemos la oportunidad, de acercarnos al Señor, confiando en que Él nos dará salvación.

LA MUJER DEL ALABASTRO

Sin lugar a dudas, la primera venida de nuestro Señor Jesucristo, fue un suceso que marco la historia, que gran privilegio tuvieron aquellos que, en esa época, tuvieron el honor de compartir y escuchar la voz de nuestro Amado Salvador ¿te imaginas estando delante de Él? ¿Qué le dirías? ¿Qué le preguntarías? ¿Cómo te comportarías? Son preguntas que todos deberíamos hacernos, pues dice la Escritura: A lo suyo vino y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios, es decir, a los que creen en su nombre... (Juan 1:11-12). El vocablo usado para recibieron, es la palabra griega paralambáno (G3880) y significa tomar, recibir, llevar cerca, con o para uno mismo, recibir para uno mismo, tomar para sí, etc. Esta expresión, nos habla de acercamiento, es decir que aquellos que llevaron cerca al Señor, aquellos que lo tomaron para sí, aquellos que lo recibieron para sí mismos, estos han llegado a recibir, el derecho de llegar a ser hijos de Dios; pero el pueblo de Israel, hizo de menos al Señor y como dice Su Mensaje: Me dejé buscar por los que no preguntaban por mí; me dejé hallar por los que no me buscaban. Dije: Heme aquí, heme aquí, a una nación que no invocaba mi nombre... (Isaías 65:1-3).

El pueblo de los gentiles, los que no valían nada, comenzaron a abrir sus corazones y recibieron al Redentor de sus almas, mientras Israel lo menospreciaba. Muestra de esto es lo que a continuación estudiaremos, vamos a ver diferentes escenas o situaciones, donde vemos involucrados estos contrastes antes mencionados. Nos relata la Escritura, que un día Jesús, fue invitado a la casa de un fariseo llamado Simón para cenar y había en aquel lugar una mujer de mala reputación, ella se enteró de esta visita y fue a casa de Simón llevando consigo, un frasco de alabastro con perfume y poniéndose detrás de Jesús a sus pies llorando, comenzó a regar sus pies con lágrimas y los secaba con los cabellos de su cabeza, besaba sus pies y los ungía con el perfume. Me pregunto yo ¿Cuál sería el pensamiento de aquella mujer? ¿Qué la llevó a humillarse de esta manera? Puedo imaginarme el dialogo de esta mujer consigo misma, a la manera de la mujer del flujo, a quien no le importó, lo que los demás dijeran de ella con tal de tocar, aunque sea el borde del manto del Señor; ella dijo: Si tan sólo toco sus ropas, sanaré (Lucas 8:40-48; Mateo 9:18-26; Marcos 5:21-43). La mujer del alabastro sin duda se vio confrontada por su propia concupiscencia, sabiendo que tenía una mala reputación y conociendo que en

aquella casa era una desconocida, tomó el valor suficiente para presentarse delante del Señor. Su dialogo interno podría haber sido de esta manera: Si tan solo Él me recibiera, si tan solo Él me salvara, si tan solo me perdonara, etc.; pero al presentarse delante de su Salvador, enmudeció y como Ana, la madre del profeta Samuel, solo se escuchó su sollozo y al igual que Elí, el anfitrión de la cena juzgó a la mujer; Simón dijo para sí: Si éste fuera un profeta, hablando de Jesús, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, que es una pecadora.

Como podemos ver, Simón no solamente se dedicó a juzgar, a la mujer, sino también al Señor, lo que nos enseña que realmente este hombre se acercó a Jesús, solamente por curiosidad y para reputar, la fama del Señor; mientras que la mujer se acercó con el deseo de recibir del Señor su propia salvación, con un corazón humilde, como dice la Escritura: ...Los sacrificios de Dios son el espíritu contrito; al corazón contrito y humillado, oh Dios, no despreciarás (Salmos 51:16-17). El Señor refirió una parábola al fariseo, sobre dos deudores, uno con una deuda mayor al otro, estos fueron perdonados en sus respectivas deudas y el Señor dijo: ¿Cuál de ellos, entonces, amará más? Simón respondió y dijo: Supongo que aquel a quien se le perdonó más. Y Jesús le dijo: Has juzgado correctamente. Y volviéndose hacia la mujer, le dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Yo entré a tu casa y no me diste agua para los pies, pero ella ha regado mis pies con sus lágrimas y los ha secado con sus cabellos; las lágrimas, nos hablan de su sincero arrepentimiento y del derramamiento de su corazón; los cabellos son figura de pensamientos, los cuales, sin vacilación, habían estado en el camino del mal y a los pies del enemigo (Efesios 2:1-3); pero ahora son puestos en el caminar de Cristo, para ser imitadores de Él (Efesios 5:1-2). Por último, la mujer derramó aquel alabastro lleno de perfume en los pies del Señor, ella misma se convirtió en aquel alabastro, pues se quebrantó delante de Dios y como aquellas ofrendas mecidas que presentaban los sacerdotes en el tabernáculo (Deuteronomio), ella se convirtió en un olor fragante para el Señor, por lo que halló su salvación. Jesús dijo a Simón: ...A quien poco se le perdona, poco ama. Y a ella le dijo: Tus

pecados han sido perdonados... Y agregó: Tu fe te ha salvado, vete en paz (Lucas 7:36-50). Uno de los elementos más importantes en nuestro credo, es precisamente el elemento que llevó a esta mujer delante del Señor y esta es la fe, dice la Biblia: Y sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él existe y que es remunerador de los que le buscan (Hebreos 11:6), podemos entender entonces que aquella mujer había confiado plenamente en Jesús y por este motivo recibió su salvación. Dentro de los relatos encontrados en la Escritura, también encontramos a otra mujer que ungió al Señor; María la hermana de Lázaro, a quien el Señor había resucitado; cuenta la Escritura, que las hermanas de Lázaro enviaron a buscar al Señor diciendo: Señor, mira, el que tú amas está enfermo.

Cuando Jesús lo oyó, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por medio de ella. Después de dos días el Señor, llegó a Betania y fue al lugar donde se encontraba el cuerpo de Lázaro, era una cueva y tenía una piedra puesta sobre ella. Jesús dijo: Quitad la piedra, pero Marta, hermana del que había muerto, dijo: Señor, ya hiede, porque hace cuatro días que murió. Jesús le dijo: ¿No te dije que si crees, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra. Jesús alzó los ojos a lo alto y dijo: Padre, te doy gracias porque me has oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que me rodea, para que crean que tú me has enviado. Habiendo dicho esto, gritó con fuerte voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, los pies y las manos atados con vendas y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadlo, y dejadlo ir (Juan 11:38-44). Un día, en el tiempo de la pascua, el Señor llegó a la casa de Lázaro, donde habían preparado una cena para Él, María tomando una libra de nardo puro, que costaba mucho ungió los pies de Jesús y se los secó con sus cabellos y la casa se llenó de la fragancia (Juan 12:1-8). Como podemos ver, estas mujeres se acercaron al Señor, para ungir su cuerpo, mientras que algunos de los discípulos las cuestionaron, por el gasto que hacían en Jesús; el Señor dijo que su nombre sería recordado en todo lugar donde el Evangelio fuera predicado, esto nos enseña, que el Señor no se olvidará de aquellos que a Él se acercan.

CORNELIO

El relato bíblico nos muestra la vida y la muerte de Jesucristo en la cruz, Él murió para el perdón del pecado de la humanidad. Después de su muerte, sus discípulos se encontraban desconsolados, sin embargo, justo al tercer día resucitó y se les apareció como a quinientas personas, dentro de este grupo estaban los de Emaús, quienes luego de entender que era Jesús el que estaba con ellos, fueron con los once y les contaron todo lo que sucedió; mientras hablaban, Jesús se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Mas ellos estaban asustados, pues pensaron que veían a un espíritu, pero Él les dijo que observaran sus manos y sus pies, que lo palparan y vieran que era Él, mas ellos dudaban; entonces les recordó lo que había dicho, que debían cumplirse todas Escrituras acerca de Él, en la ley de Moisés, los profetas y los salmos. Entonces les abrió las mentes para que comprendieran la Palabra y les dijo: Así está escrito, que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y que en su nombre se predicara el arrepentimiento, para el perdón de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén.

Vosotros sois testigos de estas cosas. Y he aquí, Yo enviaré sobre vosotros la promesa de mi Padre; pero vosotros, permaneced en la ciudad hasta que seáis vestidos con poder de lo alto. Luego de esto los llevó fuera de Jerusalén y mientras los bendecía, se separó de ellos y ascendió a los cielos (Lucas Cap. 24). Es maravilloso lo que vemos acá, pues el Señor escogió a un selecto grupo de hombres y mujeres, para que fueran testigos de su resurrección, aunque para algunos era difícil asimilarlo, se cumplió lo que está escrito: Tú no abandonarás mi alma en el Seol, ni permitirás a tu Santo ver corrupción (Salmo 16:10). Y agrega: Debido a la angustia de su alma, Él lo verá y quedará satisfecho. Por su conocimiento, el Justo, mi Siervo, justificará a muchos y cargará las iniquidades de ellos (Isaías 53:11). Es decir que Jesucristo debía resucitar de entre los muertos, para ver el fruto de la aflicción de su alma, por la que justificaría a la humanidad. Es de esta manera, que vemos de primera mano, el acercamiento de Dios para reconciliarse con toda la humanidad, para que se cumpla lo que dice la Escritura: Pero a todos los que le recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios, es decir, a los que creen en su nombre, que no nacieron de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino

de Dios (Juan 1:12-13). La palabra de Dios nos habla de un hombre de Cesárea, llamado Cornelio, centurión de la cohorte llamada la Italiana, el cual era misericordioso y temeroso del Señor junto a toda su casa, daba limosnas al pueblo judío y oraba a Dios constantemente; un día vio claramente en una visión, como un ángel del Señor le habló y le dijo: Tus oraciones y limosnas, han ascendido como memorial delante de Dios; despacha ahora algunos hombres a Jope y manda traer a un hombre llamado Simón, que también se llama Pedro. Este se hospeda con un curtidor llamado Simón, cuya casa está junto al mar. Después de la visión, Cornelio hizo justamente como el ángel le dijo y envió por Pedro a dos criados y a un soldado piadoso que le servía (Hechos 10:1-8).

Sin duda alguna, a pesar de ser un gentil, Cornelio creía y buscaba al Señor; más que ser caritativo con los judíos, procuró acercarse a Dios en oración, por lo que el Señor mostró su favor acercándose a él, como dice el Texto Sagrado: El Señor está cerca de todos los que le invocan, de todos los que le invocan en verdad. Cumplirá el deseo de los que le temen, también escuchará su clamor y los salvará (Salmos 145:18-19). Lo que nos enseña que Cornelio buscaba que él, su familia y sus amigos, recibieran la salvación, que da el creer en el Señor Jesucristo; por este motivo el Señor le habló, para que mandara a buscar a Pedro. Mientras los hombres de Cornelio se acercaban a Jope, Pedro se encontraba orando en la azotea de la casa de Simón el curtidor, pero tuvo hambre y mientras le preparaban algo para comer, le sobrevino un extasis y vio el cielo abierto, del cual descendía un gran lienzo, en el que habían toda clase de cuadrúpedos, reptiles y aves del cielo; entonces una voz le dijo: Levántate, mata y come; pero Pedro respondió que no, pues no había comido nada inmundo o impuro; esto se repitió tres veces, nuevamente llegó una voz a Pedro diciendo: Lo que Dios ha limpiado no lo llares tu impuro. Pedro se quedó pensando cuál era el significado de la visión, entonces el Espíritu le dio aviso de los hombres que lo buscaban y que debía ir con ellos, pues Él los había enviado; por lo que Pedro bajó y al día siguiente, fue con ellos, junto a algunos hermanos que lo acompañaron (Hechos 10:9-23). En esta porción de la Biblia, vemos al Señor enseñando a Pedro lo que debía hacer y era convertirse en embajador, aun a las naciones gentiles; pues una de las cosas que Jesús dijo a los discípulos, era que el evangelio debía predicarse a todo el mundo, para que sirviera como testimonio a las naciones (Mateo 24:14), es decir que parte

del trabajo de los apóstoles era expandir el Evangelio, no solamente en Jerusalén o las regiones vecinas, sino testificar y predicar de la reconciliación del Señor a toda la gentilidad, pues la gran comisión dada por Cristo a los discípulos fue: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura (Marcos 16:15). Es decir que el Señor no solo se acercó a un pueblo, sino a todas las naciones para que fueran redimidas; por lo tanto, los que hemos creído en Él, somos embajadores de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros: ¡Reconciliaos con Dios! (2 Corintios 5:20), es decir que Cristo anhela que todos sean reconciliados en Él. Siguiendo con la historia, Cornelio estaba esperando a Pedro junto a sus parientes y amigos íntimos, para escuchar lo que el Señor le había mandado a Pedro. Entonces el apóstol empezó a predicar diciendo: Ciertamente ahora entiendo que Dios no hace acepción de personas, sino que toda nación que le teme y hace lo justo le es acepta.

Pedro continuó con su mensaje hablando del Señor Jesucristo, de cómo había sido ungido con el Espíritu Santo y con poder, que estuvo haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo; de como había sido entregado para que muriera en la cruz, para que al tercer día, Dios lo resucitara y así se manifestara a los que habían sido escogidos como testigos, que luego los envió a predicar y a testificar, que Jesús es a quien Dios designó como juez de los vivos y de los muertos, que toda la Escritura da testimonio, que por Su nombre, todo el que cree en Él, recibe el perdón de los pecados. Pedro aun estaba hablando, cuando el Espíritu Santo cayó sobre todos los que estaban escuchando el mensaje; por lo que todos los que habían ido con Pedro, se asombraron que el don del Espíritu Santo también era derramado sobre los gentiles, pues los oían hablar en lenguas y exaltar a Dios. Entonces Pedro dijo: ¿Puede acaso alguien negar el agua para que sean bautizados, éstos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros? Y mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo (Hechos 10:34-48). Vemos acá como el Señor quería acercarse aún más a la vida de Cornelio, por lo que envió a un siervo para que lo bendijera y toda su casa recibiera la salvación juntamente con él, es decir que, al acercarse Cornelio a Dios, este se convirtió en el medio para que toda su casa y sus amigos se acercaran al Señor, de tal manera que recibieron el bautismo en el Espíritu Santo, convirtiéndose en los primeros gentiles en convertirse al Señor, a causa de la fe que había en ellos, no quedaron avergonzados, pues la Escritura dice: Todo el que cree en Él, no será avergonzado (Romanos 10:11). Esto nos enseña que todo aquel que quiera acercarse a Dios debe hacerlo con fe, pues la escritura dice que sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que El existe, y que es remunerador de los que le buscan (Hebreos 11:6).

LA IGLESIA

Desde un principio la Biblia nos muestra a Dios, muy atento a lo que sucedía con la creación, la tierra se encontraba desordenada y vacía y el Espíritu se movía sobre la superficie de las aguas. El Señor Dios, empezó a trabajar en la restauración de todo lo creado, apartó las tinieblas de la luz; separó las aguas de las aguas, a lo seco llamó, tierra y a las aguas, mares; creó las luminarias en los cielos para alumbrar sobre la tierra; llenó las aguas con multitud de seres vivientes, llenó los cielos de aves e hizo las bestias de la tierra y dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre toda la creación (Génesis 1:26). Dios hizo al hombre fecundo y le dio la capacidad de multiplicarse, para llenar la tierra y sojuzgarla; como podemos ver, Dios dio al hombre la bendición de tener hijos. Adán se multiplicó de acuerdo con el mandato del Señor y puso por nombre a su mujer Eva, porque ella era la madre de todos los vivientes (Eva H2332, Java, dadora de vida) (Génesis 3:20). Posteriormente el Texto Sagrado nos relata que, Adán conoció a su mujer y dio a luz a Caín y a su hermano Abel (Génesis 4:1-2); luego de haber vivido ciento treinta años, Adán engendró un hijo y le puso por nombre Set (Génesis 5:3-5).

De la línea genealógica de Set surgió Noé, quien, con sus hijos, Sem, Cam y Jafet, luego del diluvio, repoblaron la tierra. De la descendencia de Sem nació Taré, padre de Abraham, quien engendró a Isaac, el hijo de la promesa y de él nació Jacob, el patriarca de las doce tribus. Posteriormente, el pueblo de Israel pasó cuatrocientos años como esclavo en Egipto, de donde Dios los sacó con mano extendida, manifestándose a ellos como su libertador. En el Antiguo Testamento, pocas veces se menciona a Dios como Padre, como dice el salmista: Como un padre se compadece de sus hijos, así se compadece el Señor de los que le temen (Salmo 103:13). El profeta Isaías también dijo: Porque tú eres nuestro Padre, aunque Abraham no nos conoce, ni nos reconoce Israel. Tú oh, Señor, eres nuestro Padre, desde la antigüedad tu nombre es Nuestro Redentor (Isaías 63:16). La Biblia nos relata que tiempo después, durante el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, vino la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías en el desierto y predicaba por la región del Jordán, un bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados y cuando el pueblo era bautizado, Jesús también fue bautizado y mientras oraba, el cielo se abrió y el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma

corporal, como una paloma y vino una voz del cielo, que decía: Tú eres mi Hijo amado, en ti me he complacido (Lucas Cap. 3). De esta manera empezó el ministerio del Señor Jesucristo. Desde un principio dijo Juan, existía el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Nadie ha visto jamás a Dios; el unigénito Dios, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer (Juan Cap. 1). Cristo vino a la tierra, para mostrarnos al Padre; como dice el apóstol Juan: En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo hubiera dicho; porque voy a preparar un lugar para vosotros.

Y si me voy y preparo un lugar para vosotros, vendré otra vez y os tomaré conmigo; para que donde yo estoy, allí estéis también vosotros. Y conocéis el camino adonde voy. Tomás le dijo: Señor, si no sabemos adónde vas ¿cómo vamos a conocer el camino? Jesús le dijo: Yo soy el camino y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. Felipe, otro de sus discípulos le dijo: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Jesús le respondió: ¿Tanto tiempo he estado con vosotros y todavía no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: ¿Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, es el que hace las obras. Creedme que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; y si no, creed por las obras mismas (Juan Cap. 14). Jesús enseñaba a sus discípulos a acercarse al Padre y un día les dijo que al orar, no usaran repeticiones sin sentido como los gentiles, porque el Padre sabía lo que ellos necesitaban antes que lo pidieran, por lo que cuando oraran dijeran: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Danos hoy el pan nuestro de cada día. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal. Porque tuyo es el reino y el poder y la gloria para siempre

jamás. Amén (Mateo Cap. 6). Jesucristo nos reveló a Dios el Padre; Pablo dijo a los romanos, que todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios. Pues no hemos recibido un espíritu de esclavitud para volver otra vez al temor, sino que hemos recibido un espíritu de adopción como hijos, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios... Desde que vino la Ley, el pueblo debía cumplir todos sus mandamientos y estatutos, porque de no hacerlo, los alcanzarían las maldiciones, como dice la Biblia: Maldito serás en la ciudad y maldito serás en el campo. Malditas serán tu canasta y tu artesa. Maldito el fruto de tu vientre y el producto de tu suelo, el aumento de tu ganado y las crías de tu rebaño... (Deuteronomio Cap. 28). Pablo nos presenta a Cristo como nuestro redentor y dice: Por consiguiente, no hay ahora condenación para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne sino conforme al Espíritu.

Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha libertado de la ley del pecado y de la muerte. Pues lo que la ley no pudo hacer, ya que era débil por causa de la carne, Dios lo hizo: Enviando a su propio Hijo, en semejanza de carne de pecado y como ofrenda por el pecado, condenó al pecado en la carne (Romanos Cap. 8). La Epístola de los Gálatas dice que, todos los que son de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo el que no permanece, en todas las cosas escritas en el libro de la ley para hacerlas. Y que nadie es justificado ante Dios por la ley es evidente, porque el justo vivirá por la fe. Cristo nos redimió de la maldición de la ley, habiéndose hecho maldición por nosotros... (Gálatas Cap. 3). Por esta razón, ahora tenemos un gran sumo sacerdote que se compadece de nuestras flaquezas, por lo que nos podemos acercar con confianza al trono de la gracia, para que recibamos misericordia y hallemos gracia para la ayuda oportuna (Hebreos 4: 1-16). Hoy más que nunca la iglesia tiene la necesidad de acercarse al Padre y buscar de su presencia, no de una forma religiosa, sino que con la confianza que no seremos rechazados, sino aceptos por medio de Cristo. Acercaos a Dios y Él se acercará a vosotros (Santiago 4:8).

**ESCUCHA NUESTRA
PROGRAMACIÓN
EN VIVO**



Radio online
EL FARO
Llevando Luz a las Naciones

ANDROID APP ON
Google play

Available on the
App Store

**SANTA
CENA**

1 AGOSTO

10:00 AM

17 AVENIDA 5-62 ZONA 1. CIUDAD DE GUATEMALA
idcluzdelasnaciones.com

